

Presentación

La idea sobre el poder en el ámbito de las relaciones entre Estados está supeditada a la capacidad que tiene un actor de maximizar sus capacidades físicas y de imponer su voluntad motivado, en gran medida, por sus propios intereses. Aunque a finales del siglo pasado primaba una concepción más amplia del concepto que apuntaba a diferentes tipos de poder, más allá del militar, las condiciones del sistema internacional propias de este siglo, en las que ha prevalecido la inestabilidad económica y geopolítica, hacen indispensable virar nuevamente hacia un lugar de análisis que permita reflexionar sobre la centralidad de los nuevos mecanismos de integración y cooperación en materia de seguridad. En este contexto, pensar a Japón dentro de las dinámicas actuales del poder a nivel global, amerita un análisis profundo sobre su nueva perspectiva y política de seguridad y defensa, e igualmente de su capacidad de influencia en los mecanismos de cooperación multilaterales más significativos en materia de seguridad, para así poder comprender su rol en la geopolítica transnacional, especialmente en Asia del Este.

A partir de 2013, Japón ha experimentado grandes transformaciones paradigmáticas en su política y estructura de seguridad, llevando a cabo un proceso de modernización histórico de sus capacidades de defensa que ha permitido al país volver a tener una posición esencial en la geopolítica regional y global. En lo que se refiere a ello, es vital señalar un elemento que ha pasado desapercibido en los estudios sobre la política exterior nipona en este siglo: aunque su modernización militar ha estado condicionada a estímulos externos, como su asociación militar con Estados Unidos o su

competencia estratégica con China, esta ha sido el resultado de motivaciones internas que corresponden a la visión y voluntad de su élite política por hacer de Japón un país con una centralidad y alto nivel de influencia en la esfera internacional.

Una de las figuras más notables de la política japonesa de este siglo, cuyo objetivo central fue devolver al país su carácter de potencia global, fue el ex primer ministro Shinzo Abe; quien consciente de la rápida expansión de China, las tensiones del país con sus vecinos inmediatos y las amenazas externas consecuencia de la alta animosidad en regiones como Europa del este o Medio Oriente, se propuso consolidar un plan de modernización y adecuación del marco militar nacional, prestando especial atención a la tecnología en los espacios marítimos y aéreos y a la expansión del personal militar dispuesto para las Fuerzas de Autodefensa (SDF). Abe, a través de la Dieta y de decretos que le ganaron grandes críticas, pudo establecer un Plan Nacional de Defensa, establecido en 2014, que ha sido actualizado en diferentes ocasiones y que en la actualidad corresponde a la nueva política de defensa que consta de tres documentos centrales, logró un precedente fundamental para la actual visión de defensa de Japón que se basa en la estrategia de *deterrence*, cuyo principal propósito es disuadir a cualquier actor externo de cualquier ataque por medio del desarrollo y maximización de sus capacidades de respuesta.

El principal desafío del actual premier, Fumio Kishida, es lograr la introducción y ejecución de las nuevas capacidades militares prometidas y la entrega de un gasto de defensa tan elevado en un período de estancamiento y crisis económica interna.

Otro factor valioso para aproximarse a la posición de Japón en la geopolítica regional e internacional es su centralidad en los mecanismos de cooperación en los diálogos de seguridad más significativos en el presente. Un concepto reciente que ha generado uno de los mecanismos de integración más emblemáticos es el del Indo-Pacífico. Entender su desarrollo como un anclaje geográfico políticamente aceptado, implica; por un lado, hacer un acercamiento a sus orígenes, entendiendo las complejidades propias de Asia y prestando especial atención a las tensiones de poder entre Japón y China; por otro, analizar los intereses y transformaciones políticas internas de Japón durante este siglo. Contrario a diferentes estudios que se han hecho sobre el concepto, que apuntan a Estados Unidos como su mayor promotor y como el receptor de mayores beneficios debido a sus implicaciones geopolíticas, si se hace una revisión detallada a su desarrollo histórico, se puede determinar que Japón no sólo sentó sus bases fundacionales, también ha

sido determinante para el enclave debido a su posicionamiento económico, político y estratégico y ha sido uno de los Estados con mayor influencia en el establecimiento de los principios regulatorios que se suscriben a él. Además, Japón ha establecido la agenda *Free and Open Indo-Pacific* (FOIP), que es la piedra angular de articulación diplomática con otros Estados para promover la implementación de sus principios comunes.

Uno de los logros de integración más notables del Indo-Pacífico es el apoyo mostrado por dos actores que por años mostraron resistencia a adherirse a la zona: los países ASEAN y Corea del Sur. Este último, a pesar de sus controversias históricas con Japón, ha integrado la zona dentro de su agenda política al aceptar cumplir con sus principios básicos para cumplir su visión. Esto da un margen de maniobra a ambos países para suscribir otras formas de cooperación, sobre todo en materia militar y en lo que tiene que ver con sus controversias con China y Corea del Norte. Por otro lado, en 2023, Japón estableció la agenda OSA o “Asistencia Oficial de Seguridad”, cuyo fundamento central es proveer materiales y equipamiento militar, así como asistencia para infraestructuras de seguridad a países en vías de desarrollo, cuyo foco son países con valores afines, sobre todo en la zona de Asia-Pacífico; especialmente las naciones ASEAN, que es una zona de alto valor estratégico para Japón, donde ha asegurado cooperación con Filipinas, Malasia, Fiyi y Bangladesh.

Su modernización y nuevo paradigma de defensa, al igual que el éxito en la promoción del Indo-Pacífico y el establecimiento de la agenda OSA, entre otros factores como los mecanismos de cooperación y diálogo con países como la India, Australia, Reino Unido, le han dado a Japón un carácter central en la dinámica de poder del este de Asia. Esto resulta bastante significativo, pues si se considera la importancia geopolítica y económica que tiene la región en la configuración del poder global, entonces, es justo decir que el Japón del siglo XXI no sólo ha vuelto a la geopolítica, también es nuevamente una potencia en términos militares, aunque esto implique una gran contradicción con el carácter pacifista emanado de su constitución y el clamor de una parte de la sociedad que exige una postura más coherente con su historia.

NOHELIA PARRA
EDITORA INVITADA